

**CUENTO N° 187**

**TÍTULO: LA VIEJA DE MATEMÁTICAS**

**SEUDÓNIMO: FLORENTH MORAC**

**AUTOR: FLORENTINO HERNÁN MORALES CUEVAS**

Creo que Neruda tuvo la culpa con su *“cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos...”* y también Federico García Lorca con sus *“ni nardos ni caracolas / tienen el cutis tan fino”* o tal vez *“montado en potra de nácar / sin bridas y sin estribos”* porque fueron estos poemas los que ya nos tenían encendida la sangre joven de nuestros quince años en ese liceo provinciano. Acababa de comenzar el año escolar y ya era notoria la falta de profesores por la gran cantidad de horas libres al cuidado “de pasada” por cualquiera de los tres inspectores. Sabíamos que la vieja de Matemáticas del año pasado había jubilado y que llegaría otra a reemplazarla. Nuestro deseo era que esto se produjera lo más alejado posible en el tiempo.

Todo habría de cambiar esa mañana cuando se abrió la puerta de la sala de clases. Escondido tras ella, y asomándose en forma esporádica un alumno que hacía de vigía miraba el largo corredor. De repente, entró muy serio, llamando la atención a los alumnos de la sala y con un grito gestual, dio la alarma:

—¡Atchist!, viene el Carade... —y entró a sentarse antes que se introdujera a la sala el aludido

Caradevinagre, mote que el estudiantado daba al Inspector General del Liceo, con un ademán ceremonioso logró que lo precediera inesperadamente otra persona. Claramente hizo caso omiso de las carreras y empujones que nos dábamos por volver a nuestros puestos y aparentar ser dóciles alumnos aún cuando no hubiera quien nos cuidara. Y apareció en la sala la señorita Ruby, rutilante, rumbosa, joven, muy joven. Ante su vista, nosotros los alumnos, enmudecimos un instante, lo que era gran cosa; normalmente era muy difícil en cualquier otra ocasión que se nos viera en silencio aunque esta vez duró muy poco. Lanzamos un descarado “¡oh!”, largo y suspirado, silbidos en sordina y besos al aire que fueron más largos que el vozarrón autoritario y enérgico del Inspector.

— ¡Silencio... silencio jóvenes! —queriendo que su voz no pareciera un grito sino una orden dada en voz alta—. Vengo a presentar a una nueva profesora del liceo. Ella será la profesora de Matemáticas de este curso. Espero que la reciban bien y que cumplan sus deberes escolares como es su obligación.

Escuchamos como entre nubes, todos con los ojos muy abiertos mirando ese ángel que el pesado del inspector venía a dejarnos. Se presentó. Se llamaba Ruby, una alemancita que del sur, de los ubérrimos bosques, nos llegaba. Alta y rubia belleza que nos conquistó de inmediato. Y su voz, tan angelical como su cuerpo y sus palabras, dios mío, cómo domesticó a todos los compañeros incluso a los más agresivos y desordenados del curso.

Desde ese día se nos detenía la respiración cuando nos llegaba la gloria de verla pasar por el corredor, donde a ambos lados nos formábamos habitualmente para recibir el profesor que, con el libro de clases bajo su brazo, llegaba después de cada recreo.

Comenzó a circular, de mano en mano, un papel escrito por el poeta del curso. En el manuscrito de hermosa letra podía leerse: *“Cuando te retiras de la sala se escuchan los quejidos de los que sufren. Rubia Valquiria, indica quién de los que están bebiendo el vino escanciado por tus manos, morirá hoy por ti que mañana nuevos náufragos estarán en tu altar esperando el sacrificio. Ruby, por favor, no te vuelvas a escribir en el pizarrón porque cuando lo haces, todo es ritmo y nosotros los muchachos nos morimos. No nos mires a los ojos porque puedes descubrir lo que sienten nuestras células, porque nos olvidamos de todo y puedes pensar que somos idiotas, cuando la verdad es que estamos locos por tu amor”*.

Y esa asignatura que era la que nos golpeaba todos los años comenzó a fluir de su boca y una extraña motivación llegó para abrirnos el ánimo y predisponernos para adquirir los conocimientos. Hubo algunos cambios sutiles entre mis compañeros. A la semana, varios aparecieron afeitados por primera vez y alguno, ante la burla de todos, lució un bigotillo que reemplazó su insipiente bozo. Y un olor a perfume masculino impregnaba la sala. Pero en la vorágine que nos revolucionaba tuvimos que sucumbir de sus encantos. ¡Dulce martirio!

Fue admirable cómo logramos dominar el Cuadrado del Binomio. Hasta el más olvidado podía recitarlo: *“El cuadrado del binomio es igual al cuadrado del primer término, más, menos el doble del producto del primero por el segundo término, más el cuadrado del segundo término”* y hasta había alumnos que competían quién sabía con más decimales el valor de phi. Indiscutiblemente el libro más ajado de nuestros útiles era “Curso de Matemáticas Elementales” de Francisco Pröschle.

De repente, algunos alumnos se creyeron con la facultad de acercarse más a ella y entablarles conversaciones que ella no rehuía. Se fue entablando una camaradería que no demoró ser confundida por los muchachos. Aparecieron sutiles celos. Comenzamos a criticarnos, a burlarnos en forma asidua hasta que brotaron rencillas con alumnos de los cursos superiores. A ella parecía agradarle sentirse tan joven como sus pupilos y ser cortejada por ese grupo de adolescentes. Parecía gozar en su proceder el ser la maestra ejemplo de virtudes y la jovencita, seria, pretendida. Muchos aún se arrogaban el derecho de lanzarle piropos y de acercarse a ella durante las clases y los más atrevidos de agacharse a mirar cuando ella sentada en su escritorio estaba rodeada de alumnos. Más de una vez, la tradicional manzana fue cambiada por algún pequeño ramo de violetas que la mano tímida y romántica de algún joven hizo llegar a las blancas manos de Ruby.

La “señora Guillermina”, la profesora de Castellano, estaba feliz. El curso completo, como muestra de romanticismo, era capaz de recitar los Poemas 15 y 16 de los Veinte Poemas de Amor de Pablo Neruda y de leer gustosos los otrora odiados libros de Literatura Clásica y aprenderse algunas rimas de Gustavo Adolfo Becker.

Un día, llegó la noticia inesperada: un alumno de un curso superior había sido visto con ella sentada en un escaño bajo las luces de la plaza de armas. Nos llenamos de interrogantes y de celos. Salimos muchas veces a la plaza sólo con el fin de ver para creer y después de varias salidas ya no quedó duda de verlos juntos, tomados de la mano, conversando y riendo. Cerna, un rubio y alto galán del

Quinto Año, fue el osado que conquistó a la bella Ruby. Los comentarios giraban en ¡Quién fuera Cerna! y ¡A Cerna hay que pegarle!

Terminadas las lluvias de invierno, en primavera se dio comienzo al campeonato intercurso de básquetbol. Las disputas se remitían a ganar para ofrecerle el galardón a la Diva. En el enfrentamiento de los cursos avanzados los capitanes habían hecho del torneo deportivo un duelo entre pretendientes de la bella profesora que ineludiblemente miraba, desde el segundo piso a través de los cristales, los encuentros. Tras el término de los partidos, sus representantes se trezaron, varias veces, en feroz pugilato en los baños del establecimiento.

A medida que se acercaba el término del año escolar, se vio a Cerna más asiduamente con la profesora en los lugares públicos de la ciudad. A ojos vistas se veía un cálido romance. La juventud de ambos enamorados, que no se llevaban más de un par de años, hacía caso omiso de los comentarios que a su paso levantaban. Era un cuadro que nadie pretendía perderse. Pero nosotros, los alumnos intuíamos que el Consejo de Profesores tendría posiblemente los ojos puestos en ella

Los liceanos no supimos qué reacción levantaba entre los profesores esta relación entre alumno y maestra que conmocionaba en forma anormal el alumnado. Alguna influencia habría de tener entre ellos al ver que el grupo de jóvenes alrededor de ella no disminuía. Más de algún maestro, de esos no tan queridos en el liceo, de esos que no tienen llegada o que no quieren tenerla, o que los deja frío tener o no amistad con sus alumnos habrá sentido envidia. Con seguridad el rector del liceo y el Consejo de Profesores tendrían, como siempre, los ojos puestos sobre el acontecer estudiantil.

Al analizar el rendimiento de la asignatura en el establecimiento, al terminar el último bimestre, los datos estadísticos dieron un resultado sorprendentemente aceptable que superaba con creces el de los años anteriores, pese al rechazo tradicional que los alumnos tenían por determinadas asignaturas y que esta vez parecía haber disminuido, lo que decía a las claras la beneficiosa influencia de la joven maestra. Sabíamos que esta consecuencia podría tener peso sobre la participación del Consejo, pero presentíamos un epílogo diferente, quizás

inesperado o simplemente duro. Hasta debatíamos entre los compañeros cual sería el final de este idilio de fotonovela.

Al terminar el año escolar, en la última hora de clases, despedimos con un calducho a la señorita Ruby. Este calducho cumplía varios objetivos. Uno de ellos era el eludir clases, el segundo la participación artística de los alumnos del curso y tercero festejar a la persona elegida. Ruby escuchó emocionada y casi avergonzada. Las voces de un trío que le cantó boleros, la voz gruesa del poeta del curso y la composición literaria que el alumno con la mejor nota de Castellano leyó emocionado. Al final, el presidente del curso le hizo entrega de un presente cuyo valor habíamos prorrateado entre todos sacándolo de nuestros escuálidos bolsillos. Fue un regalo sorpresa que ella desenvolvió ante todos y que mostró emocionada: un anillo. ¡Qué mejor regalo para la amada! Después de terminados los exámenes y de sentir muy cerca a la profesora, se suspendió este romance colectivo. El sol del verano y la separación de los alumnos en las vacaciones interrumpieron la relación entre alumnos y maestra.

—Adiós, señorita Ruby. Felices vacaciones.

Y no quedó alumno que se despidiera de ella.

Supimos que antes de Año Nuevo, ella volvería a la casa de sus padres en Osorno.

Cuando en marzo nos reintegramos a clases, ese primer día, buscamos anhelantes a la profesora de Matemáticas. No la encontramos y poco a poco nos informaron que no había vuelto. ¿Qué había pasado?

—Fin de contrato, jóvenes —dijo, escueto, el Inspector.

Un descontento espontáneo apareció. Aires revolucionarios conmovieron el establecimiento apenas se difundió la impactante noticia. Los noveles adolescentes queríamos saber la causa justa de la no aparición de la profesora de matemáticas y apareció un grupo dispuesto a enfrentar al rector del liceo para enrostrarle cómo podía despedir a tan buena maestra. Más temprano que tarde se conoció la mayúscula sorpresa: Cerna, el afortunado pretendiente del curso

superior, tampoco estaba. La certeza se fijó inmediatamente: ambos continuaban su idilio en otro colegio del país.

Al día siguiente, tras largas conversaciones, el alumnado desistió de encarar al rector. Resignados vimos desaparecer esa luz fatua que nos había iluminado por tan breve tiempo.

Recordamos el calducho como la última vez que estuvimos con la señorita Ruby.

El poeta del curso escribió un mensaje que leímos emocionados: *Señorita Ruby, no la olvido, ni sus teoremas, ni sus ecuaciones ni el conjunto de los números reales. No habrá otra ocasión en que las Matemáticas me hayan sido tan agradables y amorosas. Adiós, Rubia Valquiria.*

En mis recuerdos de adolescente no hay “una vieja de Matemáticas” sino “una señorita Ruby” mi joven profesora de Matemáticas.

////////////////////////////////////